

VIOLENCIA Y MUERTE EN LA RAYA: ZARZA LA MAYOR Y SU COMARCA DURANTE LA GUERRA DA RESTAURAÇÃO DE PORTUGAL (1640-1668)

JUAN ANTONIO CARO DEL CORRAL

La noche del 17 de enero de 1646 un grupo de 50 jinetes, tras cruzar la frontera delimitada por el sinuoso curso de la rivera de Erjas, se internaba en tierras portuguesas. Su objetivo no era otro que alcanzar la localidad de Monsanto, situada 40 kilómetros tierra adentro.

Llegaron al lugar citado poco antes del amanecer y tras burlar la vigilancia de los centinelas que oteaban el horizonte desde las murallas del castillo, consiguieron acercarse hasta los corrales dónde los vecinos encerraban sus ganados. Mediante lazos y otras estratagemas, sacaron del recinto bueyes, cabras y ovejas, además de 11 caballos; después, sin hallar oposición alguna, iniciaron la retirada hasta un puesto que les ofreciese la suficiente seguridad como para poder repeler una posible contraofensiva lusitana. Allí, mientras algunos hombres quedaban al resguardo de la presa obtenida, el resto del grupo decidió salir nuevamente a probar fortuna en los pueblos aledaños al citado Monsanto, caso de Penha García y Penamacor. La correría se saldó con éxito, pues regresaron con un copioso botín que estaba constituido, principalmente, por caballerías mayores. Con toda la recua de ganado en su poder, el grupo de jinetes al completo volvió a cruzar la rivera de Erjas, para dirigirse esta vez hacia la localidad que les había visto partir días antes, al comienzo de su cabalgada, y dónde al llegar fueron recibidos con gran júbilo por todos sus habitantes, felicitándoles éstos por su hazaña.

Lo descrito en el párrafo anterior no es más que una de las numerosísimas acciones de saqueo que se llevaron a cabo durante el periodo de tiempo que duro la llamada Guerra da Restauração de Portugal, acaecida entre los años 1640 a 1668, y mediante la cual los lusitanos lucharon por obtener la independencia del trono español, que desde 1580 y bajo reinado de Felipe II, había anexionado la corona portuguesa a los dominios de la monarquía hispánica.

Aunque esta guerra tuvo amplias repercusiones y sus efectos se hicieron presentes en buena parte del territorio español, fueron especialmente las regiones fronterizas con Portugal, como la actual Extremadura, las que más sufrieron sus consecuencias. En el caso extremeño, y en comparación con lo sucedido en otras circunscripciones, puede decirse, sin hipérbole, que la violencia militar alcanzó niveles realmente elevados, siendo en particular las tierras colindantes con los territorios portugueses del Alentejo, hacía el sur, y la Beira Baixa, al norte, las más afectadas por los condicionantes bélicos.

Va a ser precisamente sobre esta última franja fronteriza norteña, en la que fijaremos el campo espacial de nuestra investigación, analizando el desarrollo de la guerra en una de las poblaciones que la conforman. Nos referimos a Zarza la Mayor. Su papel singular en la guerra nos servirá de paradigma, pues lo allí ocurrido es perfectamente aplicable al resto de poblaciones que, como Zarza, se hallan situadas en la misma línea de frontera con Portugal¹.

¹ Son ya numerosos los trabajos de investigación sobre las consecuencias de la guerra de secesión portuguesa en tierras extremeñas. El libro publicado por VELO NIETO, Gervasio: *Escaramuzas en la frontera cacereña con ocasión de las guerras por la independencia de Portugal* (Madrid, 1952) fue uno de los pioneros; posteriormente han seguido su estela nuevas publicaciones. Un balance general del conflicto se debe al investigador VALLADARES RAMÍREZ, Rafael: *La rebelión de Portugal 1640-1668. Guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica* (Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998). Y para el análisis concreto sobre núcleos extremeños véanse, entre otros, GONZÁLEZ DEL CASTILLO, Genaro & CARRASCO MÁRQUEZ, Celia: *Una valoración del conflicto hispano-portugués de 1640 en la Baja Extremadura: Jérez de los Caballeros*, en 1^{as} Jornadas Ibéricas de Investigadores en Ciencias Humanas y Sociales. Actas, ponencias y comunicaciones a Encuentros de Ajuda (Olivenza, 1985) pp. 421-430; GIL SOTO, Alfonso: *El impacto de la guerra de secesión portuguesa (1640-1668) en los territorios de la "Raya" extremeña: el caso de Oliva de la Frontera*, en Alcántara: revista del Seminario de Estudios Cacerenses, nº 53-54 (Cáceres, ICB, 2001) pp. 175-188; Pérez Guedejo, José Joaquín: *El caso de Almendral en la guerra de restauración portuguesa (1640-1668)* en Actas del XXVI Congreso de la Asociación Española de Cronistas Oficiales: Badajoz, 17-19 noviembre 2000 [documentos y actas] (Badajoz, AECO, 2000) pp. 121-124; ROL BENITO, Antonio Luis: *La guerra de restauración portuguesa en la Sierra de Gata. Consecuencias demográficas* en XXXII Coloquios Históricos de Extremadura (Trujillo, CHDE, 2004) pp. 531-548; GARCÍA BLANCO, Julián: *Las poblaciones del corregimiento de Badajoz durante la Guerra de la Restauración de Portugal (1640-1668)*, en Iberismo: las relaciones entre España y Portugal. Historia y Tiempo actual y otros estudios sobre Extremadura. Actas de las VIII Jornadas de Historia de Llerena (Badajoz, SEH, 2007) pp. 155-169. Para el caso contrario, es decir, la visión portuguesa de la guerra y su desarrollo, resulta imprescindible, entre otras referencias bibliográficas, la magna obra de Ericeira, Conde da: *História de*

ZARZA LA MAYOR Y PORTUGAL: UNA FRONTERA EN GUERRA

Ubicada en tierras de la actual comarca de Alcántara, a cuya ilustre Orden Militar perteneció como cabeza de encomienda, Zarza la Mayor se caracteriza por su extrema ubicación fronteriza. Por esta razón, es obvio que las relaciones surgidas entre las dos naciones peninsulares marcaron, desde sus inicios, tanto en lo positivo como en lo negativo, la evolución histórica de la localidad².

Buena prueba de lo comentado es que, desde tiempos muy remotos, los zarceños mantuvieron estrechos lazos con sus vecinos del otro lado de la Raya, especialmente los residentes en el lugar de Salvaterra do Extremo, de quienes les separaba una distancia de apenas 5 km. Aquellas magníficas relaciones se basaban, fundamentalmente, en prácticas comerciales³. De este modo, y salvo momentos puntuales, los moradores de ambas poblaciones disfrutaron de dilatadas etapas de tranquilidad, en la que hombres y mercancías ignoraron la presencia de una frontera que no les suponía barrera alguna a sus intereses; sin embargo, desde finales de 1640 y a raíz del comentado levantamiento independentista de Portugal, esa frontera se iba a tornar realmente visible, enseñando, además, su peor faceta: la militar.

Fue así como los antes amigos se convirtieron en enemigos provocando que, durante los siguientes 28 largos años, las posturas de los dos rivales fueran irreconciliables. La vida para ambos cambió drásticamente.

LA GUERRA DE PORTUGAL Y SUS CONDICIONANTES

La noticia de la sublevación de Portugal fue conocida muy pronto por los zarceños. Buena parte de los mismos estaban acostumbrados a moverse con absoluta libertad en la zona fronteriza, estableciendo contactos comerciales en las aldeas portuguesas más próximas a la Raya. Por tal razón, fueron algunos de estos comerciantes los que avisaron a sus paisanos de lo acaecido a principios de diciembre de 1640 en el país vecino. Al ser informados, muchos mostraron públicamente sus miedos y reticencias aunque, desde luego, ninguno alcanzó a imaginar lo que, a continuación, realmente iba a suceder.

Portugal Restaurado. Edição anotada e prevaciada por Antonio Álvaro da Silva Dória (Porto, Livraria Civilização, 1945-1946).

² CARO DEL CORRAL, Juan Antonio, *Zarza la Mayor: una historia entre la leyenda y la realidad* (Cáceres, Inst. Cultural *El Brocense*, 1999).

³ El artículo XIV del Fuero concedido a Zarza la Mayor en el año 1356, en relación a estos intercambios con Portugal, decía en uno de sus párrafos "...que los de La Zarza no les demanden portadgo (a los de Salvaterra) quando por í acaefcieren con fus cofas, ni los de Salvatierra a los de La Zarza, et efto por buena vecindad que hovo entre ellos...".

El primer síntoma de que se encontraban en estado de guerra se hizo patente a través de la presencia masiva de soldados en la localidad.

Durante los primeros meses de 1641 fueron llegando tropas oficiales pertenecientes al denominado *Real Ejército de Extremadura*⁴, organizado por la corona para defender las posiciones de frontera; de esta manera, un informe redactado en septiembre de dicho año, comentaba que eran 3 las compañías militares acantonadas en Zarza⁵. Los soldados se convirtieron así en un elemento habitual del paisaje humano. Alojados en las casas de los propios vecinos, supusieron una dura carga para éstos, pues los zarceños debían ser responsables de su manutención, extensible, además, a las caballerías de aquellos.

Con la presencia de estos molestos inquilinos, surgieron los primeros problemas, ya que para evitar el quebranto económico derivado de los alojamientos, muchos personajes de la sociedad local trataron de eludir sus deberes de acogimiento, mostrando el lado más egoísta e insolidario de la guerra. Así, en la misma fecha anterior, los oficiales del Ayuntamiento se quejaban de haberseles obligado a hospedar en sus casas tropa perteneciente a un regimiento de cuatrocientos hombres, lo cual no se ajustaba a derecho pues, por sus oficios de república e hidalguías, estaban exentos de ello. Inexplicablemente, sus pretensiones fueron escuchadas y los soldados nuevamente repartidos, esta vez sólo entre la población pechera, que hubo de soportar la estancia de dos, tres y hasta cuatro militares en cada uno de sus desvencijados hogares.

A los comentados alojamientos hubo de unirse otro elemento que agravaba la situación de los más humildes. Eran las levas militares, creadas con la intención de reclutar nuevos soldados que, normalmente, solían ser seleccionados entre las clases populares de la sociedad. Con frecuencia pudo vivirse la dramática escena en que un varón, cuya edad oscilaba entre los 18 y los 35 años, era llamado obligatoriamente a ingresar en filas, dejando entonces a su familia en una situación bastante crítica, al faltarles a éstos el sustento diario que, hasta ese momento, había sido aportado por el joven reclutado.

La imagen multiplicada de los hombres mozos acudiendo a la llamada de las armas incidía no ya sólo en sus respectivas familias, sino que el mal causado por tales ausencias provocaba, también, el descenso paralelo de la actividad económica y productiva de toda la comarca zarceña: faltando la fuerza motriz que movía la máquina resultaba lógico que ésta se detuviera. Muchos son los documentos que reflejan una queja generalizada al respecto.

A lo ya dicho hasta ahora, sumemos más incomodidades que, si bien es cierto no tenían una relación directa con la guerra, no lo es menos que por su

⁴ CORTÉS CORTÉS, Fernando: *El Real Ejército de Extremadura en la guerra de la Restauración de Portugal (1640-1668)* (Cáceres, Universitas Editorial, 1985).

⁵ CORTÉS CORTÉS, Fernando: *Militares y guerra en una tierra de frontera. Extremadura a mediados del siglo XVII* (Mérida, ERE, 1991).

causa se convertían finalmente en verdaderos handicaps de complicada solución. Nos referimos a las cargas de índole fiscal, las cuales englobaban un variado repertorio, que iba desde los repartimientos de donativos extraordinarios para el pago de tropas, hasta los comunes impuestos reales y gastos cotidianos necesarios para el mantenimiento de servicios básicos de la sociedad zarceña. Con todo, las sumas a pagar eran abultadísimas, conduciendo a que las arcas municipales se declararan en estado de insolvencia continua. Así, por ejemplo, en Zarza la Mayor, muy poco antes de iniciarse el conflicto bélico, se exigió a los vecinos el pago de 267.886 maravedíes. Su reparto recayó en 267 contribuyentes, que hubieron de aportar cada uno 1003³ maravedíes. Tiempo más adelante, con la guerra en plena efervescencia, en el año 1643, nuevamente los zarceños tuvieron que distribuirse la cantidad de 4000 ducados, esta vez para pagar el privilegio que derogaba la primacía hereditaria de ciertos vecinos en el acceso a los oficios públicos. Ante tanto gasto, una economía local estrangulada por las consecuencias negativas de la guerra, se veía incapaz de obtener beneficios que permitiesen redimir el total de los débitos. Por este motivo no es de extrañar que los zarceños solicitaran varias veces la exención de contribuir a la Real Hacienda, al menos durante el periodo de tiempo que durase el conflicto.

Decíamos anteriormente que la cercanía de la Raya había sido desde antaño la base del desarrollo zarceño, capitalizado éste por las transacciones comerciales llevadas a cabo tanto a un lado como a otro de la línea divisoria. El advenimiento de la guerra cortó de raíz aquellas buenas relaciones de intercambio pues, como era lógico, la frontera se cerró al paso no sólo de los habituales comerciantes, sino también a cualquier otra clase de viajero que pretendiera cruzarla. Sin embargo, la notable carestía y el constante agobio monetario al que hemos hecho mención más arriba, empujó a muchos vecinos a buscar medios que les facilitasen la subsistencia al margen de las prohibiciones establecidas; y ello, en un territorio considerado puramente fronterizo y comercial, como lo era Zarza la Mayor, tuvo su respuesta inmediata en la práctica del contrabando. Poco importó que la Raya estuviese permanentemente custodiada por soldados. Los habitantes de la zona continuaron con sus tratos en el país vecino, al igual que lo habían hecho en tiempos pretéritos de paz; la diferencia estribaba en que ahora sus interlocutores eran también sus enemigos y que, además, existía prohibición real de comerciar con ellos. A pesar de reconocerse que tal actividad disminuyó respecto a los tiempos precedentes, las restricciones impuestas nunca consiguieron que ésta cayera en el olvido total⁶. Es así que con frecuencia se dictaron sentencias penando a quien era hallado traficando en Portugal. Y cabe decir, según se desprende de

⁶ Una excelente prueba sobre este asunto es el manifiesto que ante las autoridades presentó, en 1644, Fernando Alonso Gallego, zarceño de naturaleza y ministro al resguardo de la Aduana de la localidad, cerrada por causa de la guerra. Su título: *Sobre lo que parece más conueniente para estoruar totalmente el comercio que los vezinos de la Zarça y Ceclauin tienen en el reino de Portugal*. Para un conocimiento más detallado sobre el comercio mantenido en la Raya y todos sus condicionantes resulta indispensable el trabajo de MELÓN JIMÉNEZ, Miguel

algunos documentos, que la trama del contrabando no distinguió entre sectores sociales, pues pecheros e hidalgos se movieron con igual soltura en la peligrosa línea que marcaba la frontera entre ambos países en liza. Por ejemplo, en 1641, José de Sande, regidor zarceño durante varios años y miembro de una familia de hidalga alcornia de la localidad, fue procesado por entrar y salir del reino portugués con mercancía de contrabando, concretamente monedas de plata; fechas más tarde, un hijo del citado fue hallado culpable en idéntico delito, siendo acusado esta vez por el propio auditor de la gente de guerra del partido de Alcántara, en uno de cuyos tercios se encontraba sirviendo como soldado.

Medios para evitar los padecimientos causados por la guerra no quedaban sólo en el comercio ilícito; muchas veces los propios comerciantes, reunidos en cuadrillas de ocho a diez hombres, se convertían en auténticos forajidos. Aprovechando la situación de anarquía, se atrevían a asaltar y robar sin hallar oposición alguna. Por este motivo, la figura del bandolero, como oportunista individual de la guerra, campo a sus anchas por la dilata geografía rayana. El terreno escabroso de la próxima Sierra de Gata, así como otros lugares menos abruptos, situados junto al curso de la fronteriza rivera de Erjas, fueron escenario de ataques despiadados protagonizados por hombres como Cerando Pillante Castellano. Este famoso ladrón, que tuvo atemorizada a gran parte de la población en los primeros años del conflicto, encontró su fin precisamente a manos de un zarceño, quien acabó con la vida del bandolero mediado el año 1643. A pesar del ejemplar castigo, Cerando tuvo otros sucesores: El Sastre, João Cordeiro, Mangas..., todos ellos continuaron cometiendo delitos impunemente, convirtiendo la Raya en un territorio muy peligroso para todo aquel que se atreviese a adentrarse en el mismo.

Así, en un ambiente totalmente hostil, bajo niveles de precariedad notables, vivieron los zarceños los primeros años de guerra. Para colmo de males, y ya como causa directa del conflicto, continuamente fueron hostigados por el enemigo portugués, que no desaprovechaba ocasión para cruzar la frontera y realizar acciones de saqueo, incendiando cientos de hectáreas de terreno agrícola que dejaban los campos inútiles para el laboreo.

Para más fatalidad, resulta paradójico que aquellos mismos soldados que llegaban al pueblo con el teórico supuesto de defenderles, terminaban convirtiéndose muchas veces en un enemigo más, que llegaba incluso a superar las afrentas causadas por el propio rebelde portugués en sus cabalgadas. De esta forma es lógico que la tensión existente entre los habitantes y la tropa acantonada provocara el estallido de varios motines, como el acaecido en mayo de 1643, después que se supiera que uno de los capitanes del tercio había dado muerte al pobre labriego que le suministraba aposento. El juicio posterior acabó absolviendo al militar, con lo que se volvieron a desatar las iras de la población; sin embargo,

Ángel: *Hacienda, comercio y contrabando en la frontera de Portugal (siglos XV-XVIII)* (Cáceres, Cícón, 1999).

la presencia masiva y continua de soldados en acciones de vigilancia, evito males mayores⁷.

Y ahora, al margen de todo lo ya dicho y con el fin de abordar directamente el asunto principal de nuestra investigación, toca hacerse la siguiente pregunta, ¿cuál fue el desarrollo de la guerra propiamente dicha? Esa misma guerra cuyas consecuencias, brevemente descritas en los párrafos anteriores, sufrieron los zarceños durante los 28 largos años en que perduró el conflicto.



Antes de dar una respuesta a la cuestión planteada, convendría aclarar que el enfrentamiento armado que, mediados el siglo XVII, envolvió a las dos naciones peninsulares y que posteriormente los historiadores han dado en llamar Guerra de Restauração, Secesión o Independencia de Portugal, se caracterizó, ante todo, por la ausencia del echo que mejor define la existencia de una guerra: la confrontación directa del grueso de los ejércitos de ambos bandos litigantes, es decir, el desarrollo de batallas.

Fue en este sentido una guerra peculiar, dónde predominaron, sobre cualquier otro tipo de acciones bélicas, aquellas consideradas de saqueo y pillaje⁸ (imagen 1). Ello fue debido a diversos factores, como la escasa profesionalización y disciplina de la tropa formada, en su mayoría, por hombres con poca experiencia militar⁹; y también por la propia estrategia ideada por los altos jefes, que rechazaron, desde el comienzo, un plan general de conquista que, posiblemente,

⁷ Casos similares al sucedido en Zarza la Mayor cobraron protagonismo en otros pueblos comarcanos tales como Casar de Cáceres y Arroyo de la Luz. Así lo refiere GARCÍA BARRIGA, Felicísimo: *Guerra en la frontera: la independencia de Portugal y sus efectos sobre Extremadura*, en *Iberismo: las relaciones entre España y Portugal...*, *op. cit.*, pp. 176.

⁸ Aunque en el presente artículo ofrecemos ejemplos de cómo se efectuaban estas expediciones de castigo, existe bibliografía específica al respecto. Véase BARAJAS SALAS, E: *Saqueo e incendio de Valencia del Mombuey en 1641*, en *Revista de Estudios Extremeños* XXIX, 2 (1973), pp. 385-407.

⁹ La Guerra de Restauración portuguesa no era el único frente que la monarquía hispánica tenía abierto a mediados del XVII. También, en la misma época, tuvo lugar la sublevación de Cataluña. Para sofocarla se enviaron los mejores ejércitos y oficiales, mientras que, contrariamente, para evitar la independencia de Portugal, y al ser considerado éste un problema de interés menor, se mandó a lo que algún historiador definió como la *escoria de los ejércitos y unos jefes inoperantes*. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Ángel: *Guerra, miseria y corrupción en Extremadura, 1640-1668*, en *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano* (Cáceres, 1979), pp. 625-645.

hubiera evitado la prolongación excesiva de la guerra¹⁰. Pero sobre todo, la denominada *guerra de course* estuvo provocada por dos factores fundamentales: la imposibilidad de derrotar al enemigo de modo total, y los elevados beneficios que representaban para la tropa, tanto soldados así como oficiales, las presas obtenidas en mencionados saqueos.

Un buen ejemplo de estas incursiones de rapiña, o como las denominó cierto autor, expediciones de castigo, es la que describíamos al inicio de nuestro trabajo. Aquella, desde luego, no fue la primera, y tampoco, por supuesto, sería la última. Veamos, pues, con más detalle, el desarrollo del conflicto, usando como escenario del mismo, tal como dijimos, la comarca de Zarza la Mayor.

LOS AÑOS INICIALES DE LA GUERRA: 1640-1656

Los primeros dieciocho años de conflicto en tierras zarceñas estuvieron caracterizados, al igual que en el resto del territorio fronterizo, por una guerra defensiva, pautada por decenas de pequeñas escaramuzas. Era esta, como decíamos, la respuesta más lógica a la imposibilidad de la corona española para organizar un potente ejército que pusiera freno a la sublevación portuguesa. Particularmente, en el caso zarceño, las acciones de saqueo no comenzaron a producirse desde el mismo momento en que se desataron las hostilidades. Hubo un tiempo preliminar en que reino la tranquilidad. Para comprobarlo, analicemos sucintamente la cronología.

1641 fue un año relativamente pacífico. Básicamente sirvió para organizar la defensa del territorio. Por ejemplo a Zarza la Mayor, como ya comentamos, fueron enviadas las primeras compañías de soldados, tres en total. Una de ellas tuvo la misión de ser volante de vigilancia de la franja fronteriza, cuya demarcación corría desde la propia Zarza hasta alcanzar la localidad de Herrera de Alcántara. Mientras estas partidas militares cumplían su función de prevenir, los zarceños se emplearon en tareas de fortificación. Así pudieron terminar las obras para construir una gran torre adosada a la iglesia parroquial, que habría de servir como atalaya y punto fuerte para la defensa del pueblo en caso hipotético de ataque. También iniciaron el cerramiento del caserío, mediante una línea de murallas situada en el flanco oeste. No se trataba de muros de gran grosor, sino de tapias hechos con una amalgama de tierra, piedra y barro, ofreciendo un aspecto final no demasiado consistente. Sin embargo, para contrarrestar dicha fragilidad,

¹⁰ Al respecto de la estrategia militar y los corredores de invasión de Portugal, véase VALLADARES RAMÍREZ, Rafael: *Portugal y el fin de la hegemonía hispánica*, en *Hispania*, nº 193, (Madrid, 1996), pp. 517-53. Por otro lado, ante la excesiva duración de la guerra y la incapacidad demostrada por la corona española de volcar sobre ella los recursos necesarios para zanjarla definitivamente, es lógico que se diera primacía a una guerra de menor escala, basada en la escaramuza y el saqueo.

a lo largo del perímetro amurallado contaban con el apoyo de fuertes construidos con mayor solidez, capaces de soportar el impacto de artillería pesada. Había un total de 11, siendo los ubicados en los extremos los más resistentes. Además, dentro del recinto urbano se levantaron parapetos a modo de barricadas, llamadas también medias lunas y trincheras, dispuestas en las bocas de las calles principales, con el objetivo de evitar que las partidas de caballería enemiga entrasen con facilidad en la población. Finalmente, el núcleo de la defensa se articuló en torno a la Plaza, donde se hallaba la iglesia con su torre y, algo más alejado, sobre un cerro, el llamado Fortín, una especie de castillo que haría las veces de último refugio para los habitantes.



Con tales prevenciones, y salvo la noticia de robos esporádicos de ganado por parte portuguesa, pasaron los primeros meses de guerra en gran calma. Sin embargo, los siguientes presentaron mayor actividad bélica. En consecuencia, en 1642 y durante el mes de abril, una compañía integrada por 70 soldados zarceños tuvo que acudir en auxilio de varios pueblos de la cercana Sierra de Gata, sitiados por el general portugués Fernao Teles de Meneses. La operación tuvo enorme repercusión, pues los lugares de Eljas y Valverde del Fresno resultaron muy perjudicados, sobre todo el primero de ellos, cuyo castillo fue volado por los atacantes.

A medida que pasaba el tiempo, la guerra se recrudecía notablemente. En 1643 tomó el mando superior del ejército de la Beira don Alvaro de Abranches da Cámara, quien supo rodearse de un grupo de disciplinados oficiales, entre los que sobresalió Sancho Manuel de Vilhena (Imagen 2).

Uno de los objetivos básicos de éste fue reducir el escudo protector que localidades rayanas, como Zarza la Mayor, ofrecían a otros lugares del interior, pues evitaban que las tropas portuguesas pudieran llegar con comodidad hasta ellos en sus continuas cabalgadas de saqueo. Por ese motivo Sancho Manuel lanzó contra los zarceños un ataque sorpresa en la primavera del año 1644. Reunió al efecto un total de 2.500 soldados de infantería y 800 a caballo, consiguiendo entrar en la población a fuerza de armas; no obstante sus habitantes opusieron tal resistencia que, finalmente, tuvo que retirarse si bien logró gran botín, cuyo valor fue calculado en torno a los 200.000 cruzados. La desgracia del asalto no acabó aquí, pues a los propiamente caídos durante el ataque, hubieron de sumar los zarceños la muerte de 230 personas, las cuales perecieron después de haberse derrumbado sobre ellas, a causa de una explosión fortuita, la torre-atalaya ubicada junto a la iglesia, que servía de refugio y también de almacén para la pólvora. El lamentable suceso fue el punto de inflexión que determinó a los vecinos organizar la defensa de sus hogares y haciendas, sin esperar la ayuda

de las tropas oficiales acantonadas en el pueblo, las cuales se habían mostrado insuficientes para repeler el ataque mencionado.

De este modo, sufragada con caudales públicos y donativos populares se fundo, a finales del año 1644, la *Compañía de Montados de La Zarza*, integrada por 130 jinetes y con una jerarquía similar a la del ejército profesional. Aunque sin grandes conocimientos de táctica militar, pero inspirados por el deseo de venganza, se dedicaron desde entonces a realizar operaciones de desgaste, entrando en territorio enemigo para robar, quemar y destruir todo cuanto hallaban a su paso. Seleccionaban como objetivo aldeas pequeñas, que suponían escaso riesgo estratégico al estar débilmente defendidas pues, a lo sumo, contaban éstas con un reducido destacamento de soldados unido a los propios vecinos del lugar. Son varios los informes que reflejan las escaramuzas llevadas a cabo por los zarceños en sitios fronterizos tales como Zebreira, Alcafozes, Monsanto, Idhana a Nova, Rosmanhial, Penha García o Penamacor. En todos estos lugares, y a lo largo del bienio siguiente, consiguieron capturar ganado y saquear sus campos. La fama de los *Montados* se extendió rápidamente por toda la Raya, y durante largo tiempo se convirtieron en sus más acérrimos defensores.

Pero los sucesos bélicos no se decantaban siempre a su favor. En ocasiones también fueron derrotados, como por ejemplo sucedió en 1643, en un encuentro contra 700 lusitanos que se saldó con la muerte de 17 soldados, contándose entre éstos el alférez de infantería don Rodrigo de Aponte y Aldana, caballero alcantarino de singular valor. Igualmente, la teórica protección de Zarza sobre poblaciones del interior, no significaba que los portugueses cesaran en sus razias. Así, cabe citar que, en el mismo año comentado, las aldeas de Piedras Albas y Estorninos fueron cruelmente saqueadas sin que nada pudiera hacerse para evitarlo. De todas maneras, esta característica era aplicable a toda la Raya fronteriza, ya que lo mismo sucedía tierras arriba, dónde en la jurisdicción de Ciudad Rodrigo, concretamente en la comarca de Campo de Argañán, y pese a la oposición de las tropas comandadas por el Duque de Alba, se sufrieron con inusitada violencia las embestidas de los portugueses¹¹.

Aún teniendo en cuenta las derrotas cosechadas, la caballería popular zarceña prevaleció sobre la de su rival en los primeros años de conflicto. Esto era debido a que Portugal contaba con un ejército aún muy desorganizado, dónde los efectivos a caballo presentaban una cifra muy desproporcionada en relación al resto. Por ejemplo, en lo que se refiere a la tropa que defendía la Beira, y tomando datos para el año 1646, sólo el 18,6% formaba en el arma de caballería¹². Por lo tanto se antojaba imposible frenar las escaramuzas, siendo tan dilatada la geografía rayana en la que éstas se producían y tan corto el número de defensores

¹¹ VALLADARES RAMÍREZ, Rafael: *La guerra olvidada. Ciudad Rodrigo y su comarca durante la Restauración de Portugal, 1640-1668* (Ciudad Rodrigo, 1998).

¹² PENIM DE FREITAS, Jorge: *A cavalaria na guerra da Restauração. Reconstrução e evolução de uma força militar, 1641-1668* (Lisboa, Prefacio, 2005).

para hacerlas frente. Por este motivo, la región de la Beira Baixa sufrió mucho durante el primer tramo de guerra¹³. Ante tal situación, a los habitantes de la misma no les quedo otro remedio que exponer sus quejas en las Cortes, celebradas durante el transcurso de 1646:

“...Os castelhanos de Sarça, que confina com Saluaterra, tem levado aos poucos daquella Comarca de Castello Branco mais de sesenta mil ouelhas, e cabras; mais de oito mil vacuas e cavalgadas; morto a formiga mais de oito centas pessoas; levados muytos prizioneiros, roupa, armas e caballos. Sem se lhe poder hacer remedio em razao dos mujtos con que de ordinario correm a campanha e ser nossos serem tam poucos (...) Para atalhar a tam grandes malles parecia pricizamente necesario que logo ago se tratasse de fazer a ruinar aquella Villa de Sarça, que he hua coua de ladrones de donde saem a invadir todos os poucos...”.



Según se desprende del texto anterior, si existía una localidad portuguesa que con más ímpetu promoviese una acción de guerra que borrarse definitivamente a Zarza la Mayor del mapa, esa era, sin lugar a dudas, Salvaterra do Extremo. Razones no le faltaban para ello. Desde que se desataron las hostilidades, varias habían sido las tentativas para conquistar la plaza lusitana, sobre todo porque se trataba de un lugar “...*dónde se hacía el comercio del contrabando* ...”, y esa práctica ilícita ponía en serio peligro la consecución de la victoria final para las tropas españolas ya que, gracias al contrabando, Salvaterra era “...*por esto fortificada de nuevo*...”. Pero lo peor para los militares estribaba en reconocer que seguía existiendo, pese a las prohibiciones, connivencia entre zarceños y salvaterranos. De ahí las inmensas ganas de acabar con la población. Al intento, en octubre de 1646 se organizó un potente ejército, que algunas fuentes documentales portuguesas magnifican hasta alcanzar los 5000 efectivos a pie y 600 a caballo. Con aquellas fuerzas, y tras realizar algunas correrías previas por los campos próximos, se llevó a cabo un asedio de tres días, rematado con un ataque final que no consiguió hacerse con el lugar (Imagen 3). La fracasada operación dio pie seguidamente a una serie de escaramuzas portuguesas que sembraron el pánico durante varios meses en toda la comarca. Entre aquellas acciones de represalia

¹³ NUNES DE OLIVEIRA, João: *A provincia da Beira no contexto da Guerra da Restauração*, en *Revista da Historia da Sociedade e da Cultura*, nº 2 (Coimbra, CHSC, 2002) pp. 39-83.

sobresalió el ataque a la villa de Alcántara en 1648, en el transcurso del cual el famoso Puente Romano sobre el río Tajo sufrió enormes desperfectos¹⁴.

Desde esta última fecha las refriegas entre ambos contrincantes fueron esporádicas, pero muy sanguinolentas. Un buen ejemplo de lo que decimos fue el encuentro librado la noche del 23 de marzo de 1650, en un paraje conocido como las Ventas del Caballo, en término municipal de Zarza la Mayor. Allí, toda una compañía de soldados castellanos fue masacrada por otra de portugueses. El ataque se realizó con tal grado de fiereza que algunos testigos dijeron más tarde que a varios militares les habían cortado las orejas. Entre los muertos, el maestro de campo al mando, don Sancho de Monroy, así como también un capitán zarceño muy valorado por sus compañeros, Juan Montero Polán¹⁵.

Lo anterior tuvo su contrapunto al año siguiente, cuando se puso en evidencia algo que de todos era conocido pero que nadie se atrevía a hacerlo público. Se trataba del papel desempeñado por los espías¹⁶. No son muchas las referencias existentes respecto a estos hombres que se jugaban la vida intentando obtener información del bando rival pero, en ocasiones, las consecuencias derivadas de su trabajo sobrepasaban los límites señalados, dando pie entonces a la intervención de la justicia militar. Es gracias a esta circunstancia extraordinaria el que hoy conocemos el caso de un zarceño, Martín Cid, quien, no contento con espiar al enemigo portugués, se valió de la misma función en dirección contraria, es decir, se empleó de confidente doble. Su osadía fue interceptada, hallándosele culpable de traición por las autoridades militares españolas. Para redimir su error y salvarse de la pena de muerte con la que había sido sentenciado, no tuvo más remedio que eliminar a su interlocutor lusitano, un conocido cabo de la tropa de don Sancho Manuel, llamado Joao Cordeiro. Un solo disparo acabó con la vida de éste en la plaza fuerte de Penamacor, donde se hallaba acuartelado el ejército de la Beira, el día 4 de mayo de 1651.

Dejando atrás este hecho y avanzando en nuestro relato, diremos que las escaramuzas y cabalgadas con objeto de rapiña, siguieron desarrollándose a buen ritmo en los meses sucesivos: las aldeas del alfoz de Coria, sobre todo Cachorrilla y Pescueza, fueron devastadas y paralelamente, en tierras salmantinas, no dejaron de sentirse en menor cuantía los desastres de la guerra. En este ambiente tuvo

¹⁴ El ataque aparece descrito con mayor detalle en: *Rvina da famosa, e fortíssima Ponte de Alcantara, feita por Dom Sancho Manoel, Governador das armas da Provincia da Beira*.

¹⁵ *Relaçam da insigne Vitoria, que o Governador das Armas D. Sancho Manoel alcançou dos castelhanos em que foi morto, Dom Sancho de Monroy seu Governador das Armas*. Manuscritos como el presente fueron frecuentes en la época. A través de ellos se daba a conocer a la población los sucesos de la guerra; pero también se utilizaron como propaganda al servicio de la corona portuguesa, para recabar apoyos entre la sociedad a favor del levantamiento y lucha independentista.

¹⁶ En relación a este interesantísimo asunto, véase CORTÉS CORTÉS, Fernando: *Espionagem e contra-espionagem numa guerra peninsular, 1640-1668* (Lisboa, Livros Horizonte, 1989).

lugar una victoria de gran importancia para las tropas castellanas, que sirvió para elevar la moral de las mismas. Se produjo en las inmediaciones del río Alagón, y aupó por protagonista al comisario de campo Juan Jacome Mazzacan, de origen napolitano¹⁷. El parte definitivo del suceso presentaba el siguiente balance:

“por manera que son 38 oficiales, 5 aventureros y 4 tambores, 332 soldados, que todos hacen 364 prisioneros. Los muertos son 1 capitán de caballos, 6 de infantería, 2 tenientes, 5 alferoces, 4 sargentos, 1 capellán y otros oficiales reformados. Y demás desto le quito al enemigo toda la presa de ganado que había cogido en Castilla¹⁸...”.

Tras aquello, a una victoria le seguía una derrota, y viceversa. Los dos rivales se repartían los golpes del combate a partes iguales. La táctica siempre era la misma. Se aprovechaban los meses primaverales y de otoño (marzo-junio / octubre-noviembre) porque eran éstos los más beneplácitos para realizar las emboscadas. En cambio, el verano y el invierno significaban tiempo de tregua. Las altas temperaturas de julio endurecían los caminos, estropeando con ello los medios de transporte sobre ruedas, además la falta de lluvia secaba el pasto y por eso escaseaba el alimento para caballos y resto de animales de tiro. Por el contrario, el frío y las lluvias de invierno convertían los caminos de tierra en verdaderos lodazales difíciles de transitar, y la crecida en caudal de la rivera de Erjas, frontera natural entre ambos países, dificultaba extremadamente vadearla.

Avanzó el calendario y llegó el año 1655, decimoquinto de la guerra. Un escaso tiempo de tranquilidad dio paso a uno de los sucesos más lamentables y que peor recuerdo iba a dejar en la memoria de todos quienes lo presenciaron y escucharon hablar de él. Tuvo como escenario la mencionada villa de Salvaterra do Extremo y el motivo fue, de nuevo, el intento de conquistarla, aunque esta vez sin el uso de las armas. Surgía así otro de los factores inherentes a una guerra: el trueque o pacto de rendición ligado a unas condiciones previas¹⁹. Los

¹⁷ Fue muy común la presencia de tropas mercenarias a lo largo de todo el tiempo que duro la guerra, principalmente napolitanos, irlandeses y alemanes. En el caso del comisario Mazzacan, su procedencia concreta era la ciudad de Diano, en el reino de Nápoles. Véase su genealogía en AHN (OM) expedientillos nº 16354 y 3027.

¹⁸ *Relación del feliz suceso que han tenido las armas de S. Magestad, gobernadas del Conde de Troçan, en la Extremadura por la parte de Alcántara, contra las armas del tyrano, que gobierna dº Sancho Manuel, maestro de campo general del exercito rebelde. Sucedió miércoles 6 de marzo de este año de 1652.*

¹⁹ En cierta manera, esta modalidad de conseguir tomar una población sin hacer uso del ejército, pone en evidencia el cansancio que comenzaba a hacerse notar en ambas partes. El esfuerzo desplegado hasta entonces había sido notable y los pueblos se encontraban muy mermados, tanto demográfica como económicamente, para seguir haciendo frente a las necesidades de una guerra que ya duraba demasiado. Por otro lado, y como una posible explicación al asunto que nos atañe, cabría citar la existencia de una ética militar que llevaba aparejada la

protagonistas del acuerdo fueron dos oficiales de alto rango pertenecientes a cada uno de los bandos enfrentados. Por parte española, don Alonso de Sande y Dávila; al otro lado, don Antonio Soares da Costa. Uno regente mayor de la tropa acantonada en Ceclavín, y el restante haciendo lo propio en Salvaterra. Según las cláusulas del pacto, Antonio entregaría la plaza a don Alonso, a cambio de lo cual recibiría ingente cantidad de dinero y otras mercedes, concedidas directamente por el monarca español Felipe IV. La rendición debería hacerse efectiva el 30 de junio, festividad de San Pedro. Llegada la fecha, Soares decidió no acatar las reglas y, aprovechando la situación generada, dio muerte al malogrado Alonso, cuyo cuerpo quedó totalmente destrozado al ser disparado un cañón, a cuya boca estaba maniatado y preso el susodicho militar²⁰.

Aquella cruel y vengativa acción cerró la primera fase de la guerra en tierras zarceñas. Si bien se produjeron algunas escaramuzas, a partir de ese momento las tácticas iban a cambiar respecto a lo hasta ahora conocido. De cómo se plantearan los jefes de ambos ejércitos la nueva estrategia a seguir, dependería en buena manera el desenlace final del conflicto.

LOS AÑOS FINALES DE LA GUERRA: 1657-1665

1657 fue el inicio de la última etapa de la Guerra de Portugal. Tuvo su comienzo con la noticia del fallecimiento del rey lusitano Juan IV. Debido a la minoría de edad de su hijo y heredero al trono, el príncipe don Alfonso, fue la reina viuda, doña Luisa de Guzmán, quien asumió la regencia ante la oposición de muchos nobles e hidalgos del país, que no veían con buen agrado aquel relevo²¹.

En Madrid, mientras tanto, la novedad estaba marcada por la consecución de la paz en Cataluña. Ello significaba destinar mayor número de tropas y de calidad a la frontera extremeña, propiciándose así dar un giro definitivo al conflicto, pues se pensaba que el enemigo, envuelto en supuestos problemas internos, no tendría capacidad de respuesta ante una acción de guerra bien organizada. Contando con este factor de superioridad, se preparó una gran ofensiva, que

intercomunicación entre jefes rivales, como por ejemplo la relativa al trueque de prisioneros. Estos contactos, tal como señala un investigador, podían llegar a convertirse en tentaciones particulares a través de propuestas de desertión u ofrecimientos de sobornos que tenían como objetivo la entrega de plazas. Al respecto véase PENIM DE FREITAS, Jorge: *O combatente durante a guerra da Restauração. Vivencia e comportamentos dos militares ao serviço da coroa portuguesa, 1640-1668* (Lisboa, Prefacio, 2007).

²⁰ MATOS, Gastão de Melo de: *Um soldado de fortuna do século XVII* (Lisboa, s.n., 1939).

²¹ Sobre la lucha de los nobles por alcanzar el poder sirviéndose del marco escénico de la Guerra, resultan muy útiles las observaciones que al respecto hace Dores Costa, Fernando: *A Guerra da Restauração, 1641-1668* (Lisboa, Livros Horizonte, 2004).

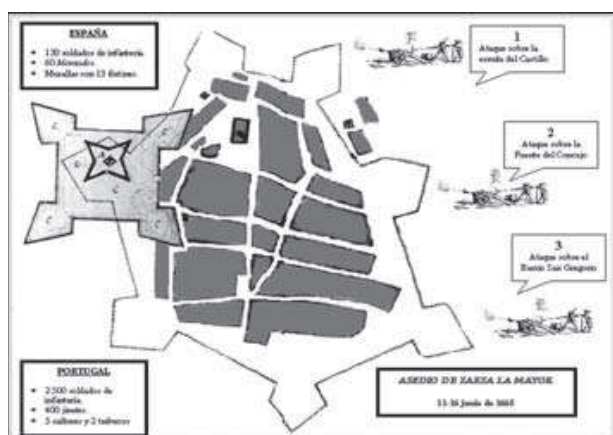
pretendía entrar en Lisboa por la vía del Alentejo, emulando la hazaña victoriosa del Duque de Alba en 1580.

Si con lo anterior es fácil suponer que la frontera del sur bullía en un ambiente totalmente bélico, no es de menos reconocer que en las provincias del norte también se dejó sentir notablemente la actividad guerrera. Por eso fueron numerosas las reclutas de hombres que se realizaron en la comarca de Alcántara. Todos tenían el mismo destino: marchar hacia Badajoz para formar en el ejército que había de entrar en Portugal bajo mando del Duque de San Germán. Concretamente, de Zarza la Mayor salieron varias compañías capitaneadas por Diego de Martos. Algunos de estos soldados consiguieron obtener gloria militar en el cerco previo a la toma de Olivenza, acaecido en mayo de citado año 1657. Así lo refiere un Memorial de Méritos: “...*viendo que a todos detenía la dificultad, y riefgo de facarla, don Diego de Martos ofreció la partida de su tropa de la Zarça, y enviando tres foldados de ella: Sande, Chacón, y Vellaca, la facaron en medio del día de la mifma puerta de la Villa, cafi milagrosamente...*”.

A consecuencia del envío de tropa al frente de Badajoz, se dejaron algo mermadas las defensas de los pueblos de la comarca alcantarina, ocasión aprovechada por los portugueses para atacar lugares clave, como fue el caso de Valencia de Alcántara. De la misma forma continuaron las escaramuzas a menor escala, que tuvieron como objetivo principal aldeas de Sierra de Gata.

Prosiguiendo la narración de los hechos, la campaña de 1659 fue similar a la del año precedente, destacando, entre otros sucesos, la *Batalha das linhas de Elvas*, que significó una gran derrota para las armas castellanas comandadas por d^o. Luís de Haro. Con estos acontecimientos adversos, el cariz de la guerra se torcía para los intereses de la monarquía española. Por otra parte, volviendo sobre nuestro campo de referencia, las expediciones de castigo que periódicamente llevaban a cabo los famosos *Montados* de Zarza, eran cada vez más espaciadas, resultando negativas en diversas ocasiones. Los pueblos fronterizos de Portugal contaban ya en estas fechas con más y mejor caballería y no rehuían, como hicieran antaño, los ataques castellanos. De este modo, en el otoño de 1661 tuvo lugar un encuentro campal de gran resonancia. Se libró en las espesuras de la sierra, muy cerca de la actual localidad de Perales del Puerto. Lideraba las tropas extremeñas el comisario general Mazzacan, quien contaba con 600 hombres y 700 caballos; mientras que los portugueses, bajo mando de Sancho Manuel, suponían una fuerza similar, si bien la caballería era algo superior en número. Aún contando con la ventaja de su posición sobre el terreno, el comisario no supo aprovecharla, y tras largo tiempo de combate, las tropas de éste comenzaron a retirarse de forma desorganizada. La victoria para el bando lusitano fue rotunda, dejando al rival gravemente herido en su orgullo²². Ya no pudieron reponerse.

²² *Relação da Vitoria que o Conde de Villa Flor, d. Sancho Mantel, e João de Mello, governadores das armas da provincia da Beira, ganbarão aos castelhanos sabbado 29 de outubro de 1661.*



Una nueva derrota en octubre del año siguiente vino a sumarse a la ya citada. Esta vez se produjo en las inmediaciones de Zarza la Mayor, y en ella resultaron prisioneros de los portugueses dos militares de origen extranjero, que ejercían de jefes del tercio acantonado durante aquellos días en la Villa. Se trataba de don Antonio Pignatelli y el Barón de Santa Cristina.

Precisamente fue la inclusión de militares foráneos uno de los determinantes que cambiaron definitivamente el rumbo de los acontecimientos. Para el caso de Portugal resultó fundamental la entrada en escena de un gran estratega, el Conde de Schomberg²³. Con los cambios que introdujo en el ejército luso, llegaron en cadena una serie de batallas decisivas que se saldaron con éxito para las armas portuguesas: Ameixial (1663) y Castelo Rodrigo (1664).

A la par del protagonismo que encumbraba al militar alemán, se sucedía el ocaso particular de los zarceños y sus hazañas de saqueo. El 24 de agosto de 1664 éstos sufrieron otra derrota en las llamadas Ventas del Caballo, siendo aprisionados en la ocasión hasta 70 soldados. Todo indicaba que el fin estaba próximo.

Meses atrás había tomado el mando del partido de Penamacor, en la provincia de la Beira, el general Afonso Furtado do Castro Río e Mendonça, señor de Barbacena. Desde entonces éste había llevado a cabo varias entradas por la zona de Zarza la Mayor, siendo su máximo empeño tomar la Villa y saquearla. Así, mientras la provincia del Alentejo ardía en el fragor de la batalla de Montes Claros, dónde la arrogancia del Marqués de Caracena iba a ser barrida por el ejército portugués, el citado Afonso ultimaba su plan de asedio.

El 11 de junio, haciendo la junta de su ejército muy a la sorda para no despertar sospechas, marchó al frente de 5.000 infantes, 500 caballos, 6 piezas de artillería y mucha munición. Llegado a las cercanías de la Villa zarceña, ocupó puestos a tiro de carabina junto a las murallas, al tiempo que distribuía en tres grupos a la tropa, situando a cada uno de ellos en los puntos clave para lanzar la gran ofensiva final (Imagen 4).

Zarza la Mayor contaba para su defensa con algunas fortificaciones modernas que se habían reconstruido hacía poco y a las que se sumaban restos de la antigua cerca. Su guarnición militar se componía de 200 soldados, 100 caballos y muchos vecinos que tenían buena práctica en las tácticas de combate.

²³ Christovam AYRES DE MAGALHÃES SEPÚLVEDA, *Um capítulo da guerra da restauração (1660 a 1668): o Conde de Schomberg em Portugal* (Lisboa, IN, 1897).

Afonso comenzó el ataque intentando abrir una brecha en los muros, para que a través de la misma pudiera entrar el grueso de su ejército. La población se defendió bien durante los primeros lances, pero al segundo intento de asalto y tras cuatro días de asedio y escaramuzas continuas, pidió capitulaciones. A Martín Sánchez Pardo, general de artillería responsable de la defensa, le tocó ratificar todos los requisitos que exigía su antagonista: entrega del aparato militar, caballos y resto de animales de carga; inventario de las haciendas de los habitantes... Los portugueses sólo permitieron sacar del pueblo lo más necesario para sobrevivir, como ropa y algunos otros utensilios menores. Luego, obligaron a abandonar la localidad, que fue incendiada en su totalidad después de que la tropa desvalijara todos los hogares. La belleza de la iglesia parroquial acabó por los suelos, al ser volada con tres minas.

La crudeza de la derrota quedó demostrada en diferentes crónicas. Así, para Juan de Sande, vecino y testigo presencial de los hechos “...entró el enemigo, quemó y destruyó el lugar tan de todo punto que no quedó casa sin esta diligencia...”; en palabras del Marqués de Caracena, que pasó por allí algunos meses más tarde “...a la Zarza he visitado muy despacio, y es cosa lastimosa como la han dejado...”; y para los propios portugueses causantes del destrozo “...luego fe le dio fuego, y fe affolò fin quedar piedra fobre piedra, de modo q jamás en tpo alguno pueda fer habitada, cierto un espectáculo bien miserable (...) y affi fue la faccion tan festejada de nuestros pueblos vizinos, como juftamente defeada de todo el Reino...”.

Al margen de este triste acontecimiento, la guerra prosiguió durante algunos meses más, hasta que el 13 de febrero de 1668 fue firmado el Tratado de Lisboa, mediante el cual se reconocía la independencia de Portugal respecto de la corona española. En marzo del mismo año, tras propagarse la noticia de instauración de la paz, regresaban a las ruinas de Zarza la Mayor los primeros vecinos, con el objetivo de reconstruir sus hogares y comenzar una nueva vida. Acababan así 28 largos años de penalidades, violencia y muerte en la Raya²⁴.

²⁴ El texto del presente artículo está basado, fundamentalmente, en los datos recogidos por su autor en el marco de un proyecto de investigación personal más amplio, que lleva por título: *De Ciudad Rodrigo a Valencia de Alcántara. La Raya extremeña en guerra, 1640-1668*, inédito hasta la fecha. En él se recopila información extraída de diversas fuentes documentales, tanto bibliográficas como archivísticas. Por esta última razón, la inmensa mayoría de las noticias permanecen aún desconocidas, si bien es nuestra pretensión que vean la luz próximamente, siendo objeto de estudio en nuevos trabajos similares al actual.